

Domingo Octavo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Os 02, 14b. 15b. 19-20; Sal 102,1-2. 3-4. 8 y 10. 12-13;

2 Co 3, 1b-6; Mc 2, 18-22

El ayuno, rito tradicional, tenía un significado muy preciso en el Antiguo Testamento: era un gesto de humillación que acompañaba a la oración, a la que añadía un profundo sentido de la dependencia del hombre respecto de Dios.

“¿Por qué los tuyos no ayunan?” Juan y sus discípulos, al igual que los fariseos, llevaban una vida de severa penitencia, de ayunos.

Jesús no rechaza el ayuno, sino todo ritualismo que pretenda sustituir la auténtica actitud religiosa del hombre. Para El, Dios tiene siempre la iniciativa, y el hombre debe vivir abierto a sus exigencias.

Sus discípulos no practican el ayuno por una circunstancia gozosa: se encuentran en un momento de plenitud interior, viven un instante de gozo como en el momento de las bodas. Pero “se llevarán al novio”, morirá Jesús. El ayuno, prescrito por la presencia del “novio”, se volverá necesario por la ausencia. Refleja la situación compleja del cristiano, que posee sin disfrutar plenamente, y que debe seguir buscando al que ya ha encontrado.

La adhesión a Cristo nos llevará fatalmente a momentos difíciles, en los que no hará falta ayunar para hacer penitencia. Sus palabras implican un compromiso total. El ayuno que Jesús pide a sus seguidores va por otro camino. Porque, ¿qué sentido humano y religioso pueden tener los ayunos si lo que fundamentalmente importa es luchar para hacer realidad la justicia que reclaman los explotados, única forma auténtica de realizar aquí y ahora el reino de Dios? ¿Se trata de convencer a Dios con nuestros ayunos para que nos ayude, o se trata de luchar para que se cumpla el programa anunciado en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18-19)? Para Jesús el ayuno verdadero es la lucha contra toda explotación del hombre por el hombre. Bastante sudor y lágrimas llevan consigo una vida cristiana tomada en serio. Refugiarse en unos ayunos y no luchar para transformar el mundo, además de muy cómodo, es una hipocresía.

En pocas palabras, Jesús nos ha presentado dos realidades inseparables para un cristiano: la fiesta y la lucha. El camino cristiano es principalmente un camino de fiesta, porque Dios está con nosotros por Cristo y por su Espíritu (Jn 14,16.23). Quizá nos cuesta entender la relación con Dios como una amistad con un Padre que nos ama y se compromete a amarnos siempre, con un Padre que quiere que vivamos como hermanos, porque todos somos sus hijos. Ninguna lucha puede ahogar esta suprema realidad del cristianismo: creemos en una alianza nueva y

definitiva entre el Padre y los hombres. Por ello vivimos la fiesta, el banquete de bodas, en la esperanza. Una fiesta que será plena después de la muerte.

En efecto, el camino cristiano es fundamentalmente un camino de FIESTA ya que Dios -por Jesucristo y por su Espíritu-, están en nosotros. Por ello la máxima celebración cristiana es la PASCUA, celebración de aquella realidad de salvación, de vida, que define y caracteriza nuestra fe. Ningún "ayuno", ninguna lucha, ningún esfuerzo ascético pueden ahogar esta suprema realidad de fe: creemos en una Alianza nueva y para siempre entre Dios y el hombre. Y por ello vivimos festivamente.

Pero nuestro camino es también, aún, de LUCHA. Porque vivir según el espíritu de Dios, vivir en alianza con el Dios del amor, no es algo que sea para nosotros espontáneo ni fácil. Hay un peso de mal, unas ataduras de egoísmo, de orgullo, de dureza, de mentira... que hemos de romper en nosotros y en la sociedad, para abrirnos a la NOVEDAD que Jesucristo nos aporta -para embriagarnos de su vino nuevo- es necesario ser exigente y radical en nuestra lucha. Por ello necesitamos entrar seriamente en la EJERCITACIÓN CUARESMAL. Las lecturas del próximo domingo, primero de Cuaresma, nos hablarán de un COMENZAR DE NUEVO CON LA FUERZA DE DIOS. Es decir, de una renovación verdadera y sincera. Pidámoslo hoy al celebrar la acción de gracias de la Alianza nueva y eterna.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)